

MI PAPEL

Myosotis

Cuando llegué a esta universidad estaba más asustado de lo que pretendía reconocer. El primer día fue desagradable. Sin explicarme nada, me asignaron un número y me colocaron en mi puesto, donde sentí de sopetón las miradas de todos mis nuevos compañeros. Mientras trataba de acomodarme al sitio podía oír sus murmullos inquietantes y sabía que me estaban juzgando.

No logré relajarme hasta que, por fin, uno se dirigió a mí con amabilidad. Me preguntó por mi origen y por cómo había llegado allí, mientras el resto nos observaba con recelo. A lo largo de los días fui ganando confianza y no tardé en hacerme querer, porque era muy curioso. Hacía preguntas y, lo que era más importante, escuchaba las respuestas. A todo el mundo le gusta ser escuchado.

Así averigüé toda la historia de mi nuevo amigo, que estuvo encantado de explayarse. Era muy anciano y tan sabio que a veces yo no comprendía su castellano anticuado y rebuscado. Tenía un miedo atroz a la tecnología, pues decía que acabaría por sustituirnos a todos. A otros, en cambio, les espantaban la vejez y el deterioro. Eran los que solían burlarse de él en alardes de ignorancia. Yo no solía hablar mucho con ellos, porque aunque resultaban divertidos carecían de profundidad.

Observar a las personas que transitaban la biblioteca se convirtió en mi mayor afición y lo sigo haciendo a día de hoy. Es un lugar fascinante en el que parece que no está ocurriendo nada y, en realidad, está ocurriendo todo. Para empezar, las miradas furtivas siempre llenan el ambiente. Se disparan incontrolables desde todas partes y vuelan en cualquier dirección. De vez en cuando, de forma imprevista, se cruzan. En esos momentos estallan chispas. En casi todas las ocasiones, la emoción del instante se dispersa y no ocurre nada más: se trata de un romance efímero que tan rápido como se presenta se desvanece en el aire. A veces he presenciado, con gran emoción, cómo una de las dos personas se atrevía a dar un paso más.

Algo que me encanta contemplar es la construcción de amistades muy fuertes entre compañeros de estudio. He asistido a guerras de lanzamientos de bolitas de goma, risillas contenidas, descansos para el café y guiños de complicidad que animan hasta en una víspera de examen. Para mí es muy bonito ver cómo el apoyo mutuo y el compartir las mismas dificultades enriquece la experiencia de muchos universitarios.

Otra actividad entretenida es intentar clasificar a los tipos de personas que vienen. Hay gente permanente, que llega y se marcha todos los días a la misma hora. Se conocen todos de vista, saben quiénes son y se identifican entre ellos como una secta, pero nunca se saludan. En el lado opuesto están los experimentales, que varían de una biblioteca a otra según lo que les apetezca y son imprevisibles. Hay gente agobiada, que nunca toma descansos y lo pasa fatal, y gente relajada que desaparece nada más dejar sus cosas en la mesa. También me llama la atención la extraña relación que se establece entre los que hablan todo el tiempo por lo bajo y las personas que, como respuesta, les chistan desesperadas para que guarden silencio.

Luego estamos nosotros, observándolo todo. Por aquel entonces yo pensaba que esa era nuestra única función y, aunque lo disfrutaba, el ser inútil me hacía sentir cierta tristeza.

Pero hay un día que no se me olvidará nunca. Estuve un rato observando a una estudiante que no conseguía concentrarse. Salía de la biblioteca, entraba, resoplaba, garabateaba en su cuaderno, bebía agua, volvía a salir... Era de la clase de personas que están presentes en cuerpo, pero no en mente. Tratan de obligarse a estudiar, pero no lo logran y la lucha contra sí mismas se hace evidente. Estoy acostumbrado a observarlas, resulta muy interesante.

Sin embargo, esta chica me sorprendió. Cansada de no hacer nada se levantó, cruzó la sala bordeando las mesas y se atrevió a internarse por el mundo de las estanterías. No parecía tener un objetivo claro y decidió dirigirse hacia nosotros. Nos observó detenidamente y, acto seguido, comenzó a deslizar los dedos por los volúmenes uno a uno. A medida que el peligro iba aproximándose mis nervios se incrementaron, pues nunca había tenido a un estudiante tan cerca. Mis peores temores se hicieron realidad cuando la chica se detuvo frente a mí. Noté cómo me separaba de mis compañeros y me alzaba para contemplarme. Deseé con todas mis fuerzas que no se diera cuenta de que estaba temblando.

Pero, para mi asombro, no me hizo daño. Me sostuvo con delicadeza y me contempló. Sus manos acariciaron mi cubierta. Apreció mi encuadernación, examinó la contraportada, se deleitó en mis páginas. Me llevó a su mesa y no se separó de mí en toda la tarde. Descubrí que esa sensación tan agradable era la que me llenaba. Gracias a ella, comprendí cuál era mi vocación.

En aquella época todavía estaba nuevo. Ahora, bastantes años después, me he vuelto amarillento y algunas de mis páginas han sido dobladas. En mi Índice hay una mancha de café. Los capítulos VIII y IX están todos subrayados y hace tiempo que se me rompió la contraportada. Estoy estropeado, como el viejo que me acogió el primer día. Sin embargo, lo que me da miedo no es el deterioro. Tampoco la tecnología, ni los humanos. A lo que yo tengo pánico es al olvido.

Por eso aquí soy feliz, me siento valioso. Recuerdo a cada persona que me ha tenido en sus manos desde aquella chica: a muchos estudiantes que, en silencio, han agradecido mi ayuda; a los que han disfrutado de mi lectura; a los que simplemente me han hojeado e, incluso, a los que tenían intención de estudiar conmigo pero al final no han tenido tiempo ni de abrimme. Guardo un cariño especial al hombre bajito que cada día me devuelve a mi estante y a la mujer que canta mientras me quita el polvo los viernes por la tarde.

Me hallo sumido en estos pensamientos cuando comienzo a notar nerviosismo entre mis compañeros. "¡Un nuevo!", susurran. Es un gran acontecimiento para nosotros, acostumbrados a ver los mismos lomos todos los días. Empieza a correrse la voz por las estanterías. "Silencio", les reprendo, "No os pongáis a chismorrear".

El hombre bajito coloca a mi lado a un tembloroso libro mediano de color claro. El pobre está tan asustado que no se atreve a dirigirme palabra durante varios minutos. Los demás siguen murmurando, casi tan asustados como él. Al final decido sacarle conversación para que se relaje.

—Hola, bienvenido. ¿Cómo te llamas? — pregunto.

El libro parece calmarse un poco y se ríe. Claro, vaya pregunta estúpida, su nombre está en la portada.